

Pedro el Ceremonioso, de que aquellos infantes, uno siendo en su patria y en su familia potentados legítimos y verdaderos, levantaban dentro y fuera tales discordias por su compleción feudal como pudieran los bastardos castellanos en Castilla; el feudalismo bo real por un don Juan de Lara, que disputaba en las tierras vizcainas antiguo señorío á la corona; el feudalismo levantino por el señor de Villena, en la encrucijada entre Murcia y Valencia levantado, y pidiendo tributo á cuantos pasaban por tan hermosa y rica marca; el feudalismo andaluz, perturbado y perturbador eternamente, por la misma doña Leonor de Guzmán, á quien su querido había donado casi una monarquía, y que regentaba en aquella suprema hora de terribles combates un ducado, tan poderoso y de tan pingües heredades y de tan cuantiosas rentas, como el ducado de Medina-Sidonia; todos ellos de horca y cuchillo, señores todos ellos de autoridad y jurisdicción propia, muy semejante á la jurisdicción y autoridad de la desmembrada realeza, todos ellos con pedazos de la corona real en las sienas y con pedazos del patrio territorio en las uñas. Así movían guerras á los cuatro vientos. En la carrera fúnebre por los campos andaluces, al doblar de las campanas, al tañer de los oboes, yendo el cadáver de Alonso desde Gibraltar á Sevilla, honrado por innumerables eclesiásticos y cirios, cantando aquéllos plañideras salmodias, despidiendo éstos luctuosos centelleos, tristísima escena feudal pasó, al presentar se un patricio, como Coronel, anheloso por huir del ocaso y aproximarse al oriente de la fortuna, despidiéndose del gobierno de Medina-Sidonia, que tenía por doña Leonor, y emplazándole la villa sin curarse de que nó sabía la infeliz señora de Medina Sidonia, quien por ella le quisiese tener ya entonces. Y todavía no estaba el entierro acabado y el difunto en la tierra metido, cuando ya cada uno de los que llevaban el duelo, sus acompañantes, corrían en tropel, como perseguidos y dispersos, á sus antiguas naturales guaridas, en acecho y apercibimiento del combate á que pudiera la monarquía retarles. Con efecto, el envió á las costas gibraltarinas de una escuadra requiriendo Algeciras, que por los bastardos estaba; y el mandato á los caballeros alcántaros de no rendirle homenaje ú obediencia de ningún género á su maestro, demostraban una política grave, contra la cual habrían de levantarse muchos señores y de promoverse muchas rebeliones. Comenzó la resistencia por un acto demente de doña Leonor, y á este acto siguió una terrible venganza del Rey. La casa de Villena era entonces una dinastía, y así don Pedro mismo pensaba en incorporarla pronto al árbol de la suya propia, casándose con su heredera, gran rica hembra, digna de pasar á verdadera Reina. Súpolo doña Leonor, ya presa por mandato de don Pedro, y desde su encierro en Sevilla, casó á Villena con su hijo mayor don Enrique, oponiéndose así al engrandecimiento de la corona castellana y manteniendo én las entrañas del territorio aquel enorme canceroso pólipo de un feudo equivalente á una monarquía. No se lo perdonó don Pedro. De regio encierro en regio encierro trasportóla con fuerte guardia ó presidio á Talavera, y llegada la infeliz á tal ciudad, diputóla un esbirro,

quien, penetrando en sus habitaciones, la cogió por un brazo, y le clavó un puñal en el corazón. Igual proceder con todos cuantos mantenían el régimen feudal contra el poder monárquico siguió siempre don Pedro. Por aquellos días, por los comienzos de su reinado, envió un recaudador á Burgos para que percibiera las reales alcabalas. No hicieron más que matarlo para no rendir cuenta ni pagar debido tributo los señores de Burgos. Entre todos ellos descollaba el soberbio Garcilaso de la Vega, quien, como don Pedro fuera de Valladolid á Burgos, y él saliese á esperarle al camino, altercó mucho con los gentiles hombres de la comitiva cortesana, mostrando junto al menosprecio de los superiores una criminal soberbia de ánimo. No podía tolerarlo don Pedro. Como á la mañana siguiente se presentara el magnate orgulloso en palacio, con golpe de armados, como un capitán, y séquito de escuderos como un Monarca, el Rey mandó que lo prendieran. Apenas dió tal orden, como trajese aparejada en el concepto público la muerte, Garcilaso pidió confesión. En ángulo de calleja estrechísima, que daba con una de las fachadas del palacio dentro de un sucio portal, atribulado sacerdote confesó deprisa y corriendo al condenado; y apenas concluída la confesión, el Rey que aguardaba el término de tal piadoso acto con impaciencia, gritó desaforado: «¡ballesteros, matadlo!» Con efecto á mazazos y puñaladas hicieron del cuerpo una criba, y lo tumbaron en tierra. Nadie se atrevió á tocarlo en aquel día nefasto. Un toro de cuerda, corrido por las calles, metió el cuerno al cadáver y lo volteó por los aires. Al fin lo recogieron de orden real, y encerrándolo dentro de un pobre ataúd, lo colocaron en pública exposición sobre las almenas de los muros burgaleses. Después persiguió don Pedro á niño de dos años como Nuño Lara, y apresó á las hermanas de éste, preciosas y tiernas jóvenes, para incorporar á Castilla el señorío de Vizcaya. En seguida se volvió contra los señores feudales del Norte, que pacificados y sometidos pronto, le permitieron dirigirse contra los señores feudales de Andalucía, donde Coronel, caballero arriba mencionado por su desistimiento del gobierno de Medina, en nombre de doña Leonor, levantaba pendón en contra del Rey, quien lo sitió durante todo un invierno, y al rendirlo mandó descabezarlo con su compañero de nobleza, destruyendo, desarraigando del suelo tal villa, en términos que hasta le quitó su apellido y mandó se llamara Monte-Real el montón de ahumadas ruínas hechas un cenicero. Durante aquella segunda mitad tormentosa del siglo décimo cuarto, en su año cincuenta y dos no había piedad para nadie, todos los castillos amenazadores ó amenazados, todos los nobles ó en guerra ó en rehenes, el suelo removido, electrizado el aire, como siempre que impera una revolución, benéfica ó dañosa, por ser estas crisis como el parto y el nacimiento que tan cerca se hallan de la muerte y de la sepultura. Para darle un maestrazgo á un Padilla, hermano de la favorita del Rey, prendió éste á Prado y lo mataron sus sayones. Así Alburquerque, antiguo privado, caído en desgracia, tuvo que irse á Lisboa, y los infantes de Aragón á Zaragoza, en requerimiento de un asilo que les prestara se-

guro contra la cólera de don Pedro. Pero los últimos hacían como que se iban y tornaban levantando cada magnate, hombre ó mujer, una fortaleza de asedio contra el poder monárquico. La tía del Rey, doña Leonor, desde sus heredades, los Castros desde Galicia, desde Toro la Reina madre doña María, desde Toledo los partidarios de la repudiada Reina esposa doña Blanca, el infante don Fadrique allá en la maestranza de Santiago, el infante don Tello en Vizcaya, desde Portugal el Alburquerque caído en desgracia, y tornado con huestes á Castilla, donde murió peleando, y hasta muerto capitaneó en un ataúd que llevaban á hombros sus partidarios el ejército insurrecto; los Hinestrosas por un sí, por otrosí los Lacerdas; Pedro Ruiz en su palacio de Medina del Campo, Rojas agraciado con la merindad de Burgos, los obispos de Zamora y Sigüenza desde sus respectivas diócesis, el infante don Sancho erigido en soberano sobre Cuenca, los infantes de Aragón por doquier le movieron tan horribles guerras, que no fué mucho pasara por todas partes en ataques y defensas, á guisa de ciclón ó tromba, el poder monárquico, dejando con la terrible persona de don Pedro, rastros indelebles de incendios, de asolamientos, de matanzas, cual dejaban sus enemigos, como se vió en Colmenares incendiada por haber sus habitantes á don Pedro servido, en Cuenca despoblada, en el Tajo enrojecido, en el Duero mismo, por cuyas riberas castellanas los caballeros morían aplastados so las mazas reales en brazos de las mismas reinas, desvanecidas y casi muertas de horror, porque había el Rey soltado un terror, sistemático y forzado, contra el feudalismo, y á su vez el feudalismo un terror implacable contra el Rey, y confundiéndose ambos, condensaban el terror universal.

El primer sentimiento humano, que faltaba en el corazón de los caballeros feudales, era el sentimiento de patria. Y así, con la mayor facilidad se ponían á servicio de un Estado enemigo, aunque fuera un estado infiel. Cuando los Coroneles se hallaban sitiados en Aguilar, pidiendo auxilio al Rey moro de Granada contra el Rey cristiano de Castilla; y cuando rompieron en guerra la corona castellana y la corona aragonesa, los Trastamaras se fueron al lado de Aragón, contra su propia patria y su natural señor, mientras los infantes de Aragón peleaban bajo las enseñas de Castilla contra los propios aragoneses. En el primer encuentro ardieron cincuenta fronterizas aldeas de uno y otro Estado. Por aquel tiempo llamó don Pedro á su hermano don Fadrique, al Palacio de Sevilla. Y aunque le acababa éste de rendir y tomar varias poblaciones, en el mudéjar alcázar estaba el Rey, cuando llegó su hermano; y allí lo mató, en patio mágico, entre los alicatados que deslumbran y los azahares que embriagan, comenzando la inmolación los ballesteros, concluyéndola Pedro mismo, con tanta crueldad que se holgó en comer y beber y trincar á presencia del cadáver, todavía caliente. Y no se contentó con esto requirió la presencia de algunos amigos de don Fadrique al Palacio, y allí los apuñaló, enviándolos á hacer compañía, corte, pompa, comitiva, en el otro mundo, al muerto. Lo mismo quiso proceder con

su hermano don Tello, que se ufanaba de invencible por su señorío de Vizcaya. Le llamó, y como no quisiera ir á la cita, fuése hacia él en pos de una venganza. El Infante tomó la mar en Bilbao y se dirigió á toda vela y á todo remo hacia Bayona. El Rey corrió tras la codiciada presa embarcado. Si una tempestad no detiene al perseguidor en Bermeo, imposible que se pusiera en salvo el vencido. Pero habiendo aspirado al Señorío de Vizcaya el infante don Juan de Aragón, el Rey lo mató por mano y maza de un esbirro llamado Diente, quien lo arrojó muerto á la calle, desde lo alto del alojamiento real, no sin que don Pedro dijera estas terribles palabras, señalando á su víctima: «vizcaínos, ahí tenéis el señor de Vizcaya». Y recibió en Burgos seis cabezas de magnates degollados por los andaluces á su orden, y degolló en Alvaro á Gutierre Fernández, su embajador, y desterró al Arzobispo de Toledo por ser hermano de éste último, y puso á cuestión de tormento hasta descoyuntarlo al tesorero Levi Samuel, y asesinó á su esposa doña Blanca en edad tan temprana que no había la cuitada llegado á cumplir cinco lustros, y envenenó á la viuda del infante de Aragón don Juan, y clavó la regia lanza en el pecho de un emir, su huésped, rematándolo en el campo hispalense de Tablada con treinta caballeros árabes más, y proclamó Reina de sus Estados á la Padilla muerta, y dió mandato de muerte contra Toraz, imputándole á voces la entrega de Calahorra, vendida en tiempo nefasto á los feudales, y echó veinte hombres de sus huestes sobre personas tan débiles como el Deán y el Arzobispo de Santiago, viendo él desde una torre cómo los atormentaban para concluir con ellos, y ejecutó á los Carrillos con los Ozorios en campos de Nájera, donde yacían cuatrocientos vencidos muertos, y llenó Toledo con Córdoba de patíbulos, infligiendo en una correría nocturna por esta última ciudad veinte penas capitales, y ajustició á cuantos le plugo en su camino hacia Sevilla desde Córdoba, y llevó contra la capital del califato reconquistado por San Fernando los moros granadinos ansiosos de su posesión, todo motivado porque surgía una fortaleza en cada castillo y una Monarquía con su correspondiente Monarca en cada noble; porque los devotos del feudalismo sacerdotal no querían renunciar á sus granjerías temporales; porque la familia real no estaba sino á robar y deshonorar al jefe de toda ella; porque caían las mesnadas como langostas sobre los municipios y sobre los propios arrasándolos; porque cada señor de pendón y de caldera tenía su ejército para destruir el reino y su horca para colgar pecheros; porque las huestes negras reunidas contra los turcos en el Mediodía de Europa se venían sobre don Pedro con dinero y bendiciones del Pontífice; porque le armaban guerras Aragón y Francia y Navarra; porque todos perjudicaban en aquel odio universal ó su Rey, hasta que por último acabarían sus enemigos á éste, como á una res fiera, en los campos de Montiel, inaugurándose contra la obra de San Fernando y Alonso X una reacción señorial, no bien atajada por don Álvaro de Luna, y al siglo y medio concluída, tras su exacerbación horrorosa en tiempo de don Enrique IV, á las plantas triunfales de los Reyes Católicos, en cuyo tiem-

po triunfó la unidad del Estado y la Monarquía moderna de todo el feudalismo. ¿Costó más ó no la revolución monárquica que la revolución francesa? Y sin embargo, el Estado uno fué progreso, del cual nos hemos aprovechado y al cual hemos aplaudido todos. Pues no menos costosos fueron los progresos subsiguientes, registrados por todos los que han filosofado sobre la Historia entre los mayores de la Humanidad; el progreso traído por la revolución religiosa y el progreso traído por la paz de Westfalia. Merced al primer progreso recabamos la libertad de conciencia; merced al segundo progreso conseguimos la paz religiosa internacional y el término que aquellas guerras teológicas que habían caído como un azote sobre las espaldas de nuestra especie. Sin embargo, en uno de estos momentos creadores sobrevino la guerra de los labriegos; en otro de estos momentos creadores sobrevino la guerra más desastrosa y cruel que han conocido los hombres; la guerra de treinta años. Y apuro el cáliz de todas estas amarguras, y evoco el recuerdo de todos estos dolores, antes de penetrar en el asfixiante período del terror francés revolucionario, para que mis lectores entiendan cuán impura siempre aparece de suyo en los anales históricos la realidad, y cómo, hasta para las obras más puras, y entre los pueblos más cultos, para obras de la conciencia, y entre alemanes con escandinavos contados por principales coautores de la civilización moderna, se perpetran terribles holocaustos. ¿Por qué, pues, exceptuar la revolución francesa? ¿Por qué llamar á sus actores monstruos como no ha conocido y como no conocerá otros la mísera humanidad? ¿Por qué no repetir el axioma latino de *homo sum, et humani nihil a me alienum puto*? Repitémoslo: el Imperio, el Cristianismo, el Pontificado, las Investiduras, las Cruzadas, el Estado moderno, la Revolución religiosa, la paz de Westfalia costaron más que la revolución francesa. Veamos los labriegos del siglo décimo sexto en la Reforma religiosa y los monstruos de combate cruentísimo de los treinta años en la paz de Westfalia.

En la extraña organización de Alemania, durante los siglos medios, el campesino detesta al ciudadano; el ciudadano al barón próximo, que á lo mejor tala furioso las cercanías de su ciudad y viola los muros; el barón al soberano feudal de mayor jerarquía que se levanta sobre sus espaldas; el soberano feudal á los electores y á los arzobispos coronados; los electores y los arzobispos coronados al Papa y al Emperador; y sobre todos estos círculos infernales de reconcentradas pasiones, lanzó Lutero el soplo ardoroso de su revolución, que enardecía y encrespaba los ánimos, empujándolos á entrar en una nueva vida por los medios violentos de la guerra. El poder de Roma para las clases superiores, para los sacerdotes del pensamiento, para todos los que innovaban en las instituciones y abrían horizontes en la vida, el poder de Roma gravitaba sobre el alma, sobre el pensamiento, sobre la conciencia; y habría necesidad de sacudirlo con grandiosos esfuerzos espirituales; mas, para los laicos, ora señores, ora esclavos, el poder de Roma representaba la tiranía histórica, la autoridad tradicional, la participación lucrativa en los diezmos y en las prestacio-

nes, la tutela sobre la autoridad civil y la autoridad política, el férreo yugo de Alemania y había necesidad, pero imprescindible é inmediata, de acudir á las armas y derribarlo con grandiosos esfuerzos de ánimo y con múltiples medios de violencia. Y en aquella organización extrañísima, cuando la jerarquía de poderes, interpuesta entre el Emperador y el pueblo, se levantaba contra todos los que tenían encima, naturalmente agitaba con grande agitación á todos los que tenía debajo de su autoridad y de su dominio. Sublevados los representantes de la estabilidad, habían de sublevar por fuerza incontrastable á los representantes del progreso. Los señores abrazaban la revolución religiosa; y los campesinos, que sacan inmediatamente de los principios las consecuencias, sobre todo las consecuencias útiles y tangibles, habían de abrazar la revolución religiosa y social. Así, á las orillas del caudaloso Rin, lo mismo en las estrechas gargantas donde se derrite y nace, que en los espaciosos lagos donde se detiene y remansa; lo mismo en el salvaje valle de su catarata que en las arenosas marismas de su desagüe; en la Selva Negra, de verdes inacabables prados y de oscuros entrelazados pinos; por las hondonadas de la Toringia y por las breñas de los Alpes; en el río mayor de Europa, que corre desde el Tirol hasta el Oriente; en las fronteras donde comienzan la mongólica familia de los Magyares y la aria familia de los eslavos; por todas estas diversísimas regiones los siervos se levantan, las guerras se difunden, las hoces se truecan en espadas hambrientas, y las carretas en carros de combate, como aquellos que transportaban las tribus del Norte á sus invasiones y á sus conquistas; ardiendo como un volcán inextinguible, la inmensa región que lleva el común nombre de Alemania, desgarrada y convulsa, como si toda su luz fuera el relámpago de una tempestad: como si todo su aire fuera la ráfaga de un huracán; como si toda su tierra fuera el sacudimiento de un terremoto. Naturalmente, la servidumbre debía herir con profunda herida, de una terrible crudeza y acerbidad, á pueblo que durante toda la Edad Media tenía como arraigado hábito el transponer las montañas y el atravesar los ríos, yendo en peregrinación armada, ó bien á Italia ó bien á Oriente por su pan y por su libertad. Y en el más solemne de sus días, en el período más crítico de su historia, al aparecer la Reforma y emanciparse su conciencia, la servidumbre antigua se agravaba, la libertad histórica desaparecía, y el sol, que brillaba en las cumbres más altas de Alemania, no descendía, no, hasta el oscuro valle cubierto de espesas y perdurables tinieblas.

Las causas generales de esta revolución se encuentran en la tiranía de los nobles y en la servidumbre de los plebeyos; su causa ocasional en hecho sencillísimo. Entre los deberes de los siervos contábase la corvea, el trabajo forzoso. Prestábanlo aquellos infelices los días de la semana y descansaban el domingo. Mas el domingo mismo quitó Elena, condesa de Lupfen, obligando á sus labradores en los días festivos á coger fresas para las damas de su corte, y caracoles para los juegos de su casa. Un día, seiscientos se juntaron en el monte, ofendidos por la soberbia de su señora, gravados por la indignidad de su trabajo;